



LA 3.^a DIMENSIÓN de la IGLESIA

A propósito de un libro

Manuel Benavides, S. J.

¿Cuántas historias íntimas han nacido entre las sombras y el silencio de una iglesia! Los convertidos han descubierto muchas veces en esa soledad el misterio de otra vida más fecunda que la suya — ¡tán estéril! — y les ha parecido atisbar como entre sueños nuevas playas sin marajedas, sin algas muertas. Y sin embargo, no es la iglesia de piedra y cal, sino la iglesia invisible el verdadero recinto del misterio.

Las líneas que siguen, sugeridas por un libro aparecido en 1953, son una invitación al conocimiento y al amor de la Iglesia Católica. Penetrar hasta la familiaridad de su vida interior, es haber encendido un ideal digno de todos los riesgos.

Lo que olvidan las Agencias

En los últimos meses, casi la única noticia católica que ha interesado a las Agencias de prensa ha sido el conflicto de los sacerdotes obreros. Se le ha enfocado desde todos los ángulos periodísticos, lo cual quiere decir que se le ha desenfocado muchas veces.

En las crónicas — hay dignas excepciones — se ha recogido la anécdota intrascendente y lo periférico, y la actuación del Vaticano ha quedado al fin proyectada sobre el campo obrero de Francia, y aun del mundo, como una sombra misteriosa cargada, sí, de promesas — «la Iglesia desea seguir al lado de los obreros» — pero a la vez, a juicio de los interesados en la aventura, interpuesta delante de la luz espiritual que había empezado a iluminar las almas en la obscuridad de las fábricas y de las minas.

¿Y de los Obispos franceses?

También se ha hablado ¿cómo no? Ellos han sido los ejecutores.

¿Forzados o voluntarios?

Las Agencias, sin decirnoslo claramente, se inclinaban por lo primero. Sin embargo, la verdadera postura del episcopado francés en este *misterio doloroso* ha sido, no sólo de sumisión y docilidad a las determinaciones del Papa, sino de iniciativa ante el peligro doctrinal y disciplinar que estaba en juego y que entrañaba una desviación de las enseñanzas de la «Santa Madre Iglesia».

Con esta firme decisión, los Obispos franceses han demostrado estar a punto con el meridiano católico de nuestros días que marca la hora de la adhesión incondicional a Cristo en su Iglesia.

Escribe S. E. el cardenal Saliège:

«Puedo engañarme — y no sería la primera vez —, pero me parece que entre los laicos católicos y aun entre ciertos sacerdotes corre un ligero viento de protestantismo; laicos y sacerdotes que no tienen idea exacta de lo

que es la Iglesia ni de lo que es el sacerdocio. Se han extraviado; es difícil volverlos a poner en camino.

»Estos harían bien en meditar el ejemplo del P. de Lubac.

»El P. de Lubac podría haberse enojado, podría haberse callado. ¿Y qué ha hecho? Ha compuesto una obra admirable sobre Nuestra Santa Madre la Iglesia. Conozco un superior de un Seminario de Estudios Superiores que al leerla ha llorado. Le pareció bella y emocionante.» (La Documentation Catholique, 7, feb. 1954).

Un libro oportuno

El libro del P. Henri de Lubac S. J. que a algún lector ha conmovido hasta las lágrimas se titula «Méditation sur L'Eglise».

Este jesuita, en constante sintonía con las preocupaciones religiosas actuales, ha captado las desconcertantes y dispares reacciones ante la Iglesia de los hombres de nuestra generación, y a todos ha salido a descubrirnos con gozo el verdadero ser de esa Iglesia incomprendida, tal como la ha visto en los caminos de la Tradición de cuya voz unánime quiere ser tan sólo el eco.

Escrito «sin pretensiones de síntesis científicas», este libro mete en el alma el amor entrañable y vehemente a la Iglesia como un ideal digno de que se arriesgue en él la vida sin regateos.

Más que presentar un esquema de su contenido prefiero fijarme en algunas de sus ideas y condensarlas en breves reflexiones que inviten al estudio de la tercera dimensión de la Iglesia: la profundidad. Es lo que nos falta a los católicos del s. XX para transformar las ideas en acción eficaz.

El misterio de la Iglesia

Organizada por Cristo en sociedad visible, la Iglesia recibió como misión principal santificar a los hombres rescatándolos para la vida eterna. Su historia es la que en ella hacen esos mismos hombres; historia de doble vertiente: la de los números, nombres y hechos; y la interna, irreductible a esquemas y paradigmas, pero real como la otra y que

sólo puede verse con nitidez desde el trono de Dios.

La Iglesia crece por tanto en tres dimensiones: en anchura numérica, con necesidad de normas y Derecho Canónico para poner orden social en sus súbditos; en profundidad espiritual, al crecer en sus miembros la santificación por la gracia de Cristo que ella les administra; y en altura de crecimiento histórico. Su plenitud coincidirá con el último día, al acabarse el mundo. A la mañana siguiente —ya para siempre mañana sin tarde— estrenará su casa nueva, la del Padre, y en ella vivirá sin acabar de vivir.

Esta exuberancia de vida, temporal y eterna, supera nuestra capacidad de observación, acostumbrada a las dimensiones que enmarcan unas coordenadas de tiempo y espacio sobre un plano humano. Se nos escapa la profundidad y nos desconciertan los contrastes de sombra y luz que se suceden sobre su rostro. Y es que la Iglesia, prolongación de Cristo, cuerpo suyo, concentra en sí todas las paradojas que encontramos en Cristo, Dios-Hombre, y en su maravillosa obra redentiva, anunciada casi en enigmas desde el Paraíso, realizada en una vida que enmarcan un pesebre y una cruz, y fructificante en el tiempo para la eternidad.

No puede haber más elementos que contribuyan al misterio.

Ahora bien, para ver en este mundo caliginoso hay una sola luz: la fe. Sin ella no podremos comprender por qué la Iglesia Católica es blanco de contradicción y escándalo desde su nacimiento.

La Iglesia en el mundo

Puesta en medio del odio que separa al hombre del hombre—porque el otro tiene más o sabe vivir mejor—, la Iglesia es la familia del amor y de la unidad donde todos son hermanos, sin más título de nobleza—el único verdadero y para todos el mismo—que el ser hijos de Dios.

Cuando los pueblos vivían como organismos monocelulares—los vecinos eran enemigos y los más lejanos no interesaban—, la Iglesia era ya universal. Lo fué desde su aparición, cuando al hablar los Apóstoles en arameo el día de Pentecostés, cada uno de

los miles de oyentes entendía como si se dirigieran a él en su propio idioma.

Y aun ahora que hemos suprimido las viejas barreras y nos vamos internacionalizando, la única que sigue siendo universal es la Iglesia Católica.

Nuestro internacionalismo es una ilusión. Pensemos en las quisquillosas aduanas, en el interminable papeleo, interrogatorios, requisitos...—sé de una nación que para dejar entrar a los extranjeros les exigía mancharse con sesenta huellas digitales otros tantos encasillados—. Añadamos los nacionalismos excluyentes y susceptibles hasta lo ridículo... y mil cosas más de todos conocidas, y sacaremos fácilmente la conclusión de que en nada ha cambiado el cantonismo de hace siglos, por no decir—lo que sería más lógico históricamente— que estamos en evidente retroceso.

Otro síntoma más paradójico del internacionalismo actual. Los hombres que se reúnen en Londres, Madrid o Praga para cualquier Congreso, han superado, es cierto, las fronteras materiales—nunca se habrán librado de las aduanas—, pero ¿qué importa, si vienen de ordinario rodeados de otras fronteras invisibles de prejuicios, egoísmos e intereses exclusivistas?

Pues bien, frente a ese internacionalismo ficticio, la Iglesia Católica conserva el suyo auténtico, el que le encomendó Jesucristo en su mandato docente: «Predicad el Evangelio a toda criatura...» (Mc 16¹⁵) y que ella estrenó en su primer acto oficial; el que constituyó la declaración solemne del Maestro estableciendo entre todos los miembros de su Reino perpetua solidaridad universal «todos vosotros sois hermanos» (Mt 23⁸).

Pero vamos a suponer que, en contra de un imposible psicológico, todos los hombres llegáramos a la real unanimidad ideológica y afectiva. Ese internacionalismo aún se diferenciaría esencialmente de la catolicidad de la Iglesia. Con toda la coincidencia que queramos, las ideas y las obras de unos a lo más serían un estímulo y un ejemplo para otros, pero no influirían en el ser mismo de sus pensamientos y afectos.

La catolicidad de la Iglesia es vital, operante. Por todos sus miembros circula una misma corriente invisible de vida misteriosa que alimenta con la abundancia espiritual de unos la indigencia de los otros.

* * *

Hemos llegado al corazón de la Iglesia. Corazón abierto *jerárquicamente* a todos los valores: los perennes y los transitorios. Por eso, en un mundo que sólo sueña con el dinero—él es la medida de la felicidad; vale tan poco lo que no se cuenta en billetes...—, la Iglesia, además de bendecir la ilusión de una casita limpia y de un sueldo más desahogado, enseña a sacar la utilidad de un premio eterno, al sudor de un oficio sin brillo, de unas manos engrasadas, de la investigación del técnico y de los sueños del artista. El mismo dolor es para ella ganancia.

En un mundo afanado en mecanizarse para exprimir, sin esfuerzo, el placer de las criaturas, la Iglesia, usando—sin abusar— de las cosas terrenas que necesita para sus jornadas, no pierde el ritmo en su camino hacia la eternidad. Aun esa apariencia burocrática de su organización visible y jurídica, está al servicio de su fin sobrenatural y eterno.

Falta de perspectiva

Declamos antes que esta exuberancia de vida, temporal y eterna, supera nuestra capacidad de observación. Si al mirar a la Iglesia reducimos aún más nuestro campo visual, es evidente que nos incapacitaremos en absoluto para apreciar su verdadera fisonomía.

Con esto queda hecho el juicio de los que, parapetados en el escándalo de tal Papa medieval—verdadero y terrible escándalo—, o en la conducta impresentable de sacerdotes indignos, o en la santurronería interesada de ciertos católicos, dirigen al rostro de la Iglesia los tiros que debieran ir contra sus hijos desnaturalizados.

Esos francotiradores no caen en la cuenta—tal vez lo ignoran— de que ni esos católicos, ni esos sacerdotes, ni aun ese Papa son la

Iglesia, sino unos vasitos capilares obstruídos, o, si queréis, un miembro, importante a veces, de su cuerpo siempre joven, pero miembro enfermo que al morir ha sido substituído por otro sano.

Sin llegar a la diatriba mordaz, aún hay muchos —también algunos son católicos de formación religiosa elemental, con domicilio en la frontera de lo arreligioso práctico— para quienes la Iglesia es, sin más distinciones, *el clero* o mejor, en su mentalidad, *los curas*. Éstos evidentemente no tienen la voluntad envenenada, pero necesitan instrucción, cultivo espiritual y sobre todo mucha caridad. El auténtico conocimiento de la Iglesia ha de entrarles a la vez por los sentidos y por el corazón.

Desilusión justificada

Pero ahora nos interesa más la actitud que adopta ante la Iglesia el grupo, cada día gracias a Dios más numeroso, de los católicos conscientes de su fe. En organizaciones parroquiales, círculos de estudio y asociaciones de apostolado, o sencillamente con una sólida formación religiosa, han asimilado las enseñanzas de la Iglesia y sin embargo sufren una crisis de insatisfacción, como si hubieran sido decepcionados. ¿Carecerá de fundamento su postura intranquila?

Se quejan muchos de ellos de que en los temas relativos a la Iglesia ha habido y sigue habiendo un *predominio doctrinal* de lo jurídico e histórico casi fragmentario e inorgánico, insuficiente para encender ningún ideal. De nuevo ¿no tendrán razón? Antes de responder pongamos cada cosa en su sitio.

Hay dos hechos históricos innegables. Por un lado los ataques protestantes, jansenistas y modernistas a la constitución social de la Iglesia, durante los cuatro últimos siglos, han llevado a ese frente casi toda la actividad de los eclesiólogos. Por otro, des cristianizada la clase media intelectual, ha sido necesario acudir a lo más urgente en su instrucción religiosa; y esto era: defenderla de la acometida pseudocientífica del enemigo.

La queja que analizábamos anteriormente tiene pues su fundamento. La eclesiología

hasta ahora se ha preocupado más de rechazar la agresión de fuera que de explotar el tesoro de dentro. Pero queda justificada.

Asegurada *científicamente* la constitución jerárquica de la Iglesia como Cristo la instituyó; y en intensa efervescencia la recuperación espiritual del pueblo cristiano, ha llegado el momento de volver a insistir en la dimensión de profundidad y clavar en la conciencia de todos los católicos la consigna fundamental del Evangelio: «Padre que todos sean una misma cosa; y que como tú ¡oh Padre! estás en mí, y yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros, para que crea el mundo que tú me has enviado» (Jn 17 21).

¿No dependerá de esta falta de hondura espiritual el retraso en la solución de tantos problemas apostólicos y sociales que siguen enredados desde hace tiempo en las mallas egoístas de unas normas demasiado esquemáticas en: Apartado a), Apartado b)..., pero que no tienen nada que ver con aquella —la de Cristo—: «buscad primero el Reino de Dios y su justicia»?

Consigna para la acción

Esta urgencia en ir a lo hondo de la vida de la Iglesia es aún más apremiante en la formación de los grupos selectos, para que adquieran conciencia de su puesto necesario en la batalla del Reino de Dios, y a la vez sean, bajo la dirección de la Jerarquía, sus dóciles auxiliares.

Hace tiempo que el Papa gritó el ¡alerta! para la Cruzada del Mundo Mejor, y para ella cuenta con todos los hijos de la Iglesia. Es imprescindible el testimonio insobornable de su vida cristiana en todos los riesgos a que los exponga su profesión o su escueta condición de hombres o mujeres injertados en Cristo por el bautismo.

Mas para que ese testimonio salga fiador de un cristianismo exacto necesitan alimentar su vida espiritual con la savia del Evangelio y la ilusión de quien lleva en el alma un mensaje sublime superador de todos los reclamos más o menos hipnotizantes.

Esa savia y ese ideal se encuentran en las entrañas de la Iglesia, a donde sólo se llega

por el amor. Amor a la Iglesia: ésta ha de ser la primera consigna para la acción. Y al amarla—que es amar a Cristo y a los hombres y a nosotros mismos—, perdamos un poco el control de los afectos, como solemos hacerlo al entregarnos a las personas o ideales que nos arrebatan y dejemos que se desborde el corazón.

* * *

El P. de Lubac cierra su libro con un capítulo que titula: «La Iglesia y la Virgen María». Al terminar estas reflexiones sobre la vida interna de la Iglesia, no podemos dejar de llamar la atención sobre este tema. Hoy es centro fecundo en el que se dan cita investigaciones teológicas de insospechado y

profundo alcance. El Año Mariano descubrirá, sin duda, a los católicos los misteriosos vínculos que hacen de María verdadera Madre del Cuerpo Místico de Cristo.

* * *

Ahí queda empezada una meditación para el catolicismo actual. Os invito a seguirla.

Si para nosotros, hasta ahora, la Iglesia era más pequeña,—quien sabe si una ermita en ruinas—¿no se debería a que la miráramos desde lejos, fijándonos sólo en su fachada histórica?

Las estrellas aun vistas con telescopio ¡son tan diminutas! Si pudiéramos acercarnos a ellas, comprobaríamos que casi todas son gigantescos mundos maravillosos.



Artículos de próxima aparición:

- El pecado de todos
- Arte y moral
- La autoridad doctrinal de cada Obispo
- Opinión personal del católico y juicio de la Iglesia
- Los fundamentos del derecho de la Iglesia para tener
Universidad